

LA HIJA DEL BOTICARIO

Si una tarde de verano, calurosa como esta, un forastero llegase aquí, al pueblo, y llamase a nuestra puerta, ¿le dejaría entrar, madre? Si ese desconocido se prestase a sacarnos de la monotonía, a interrumpir el sopor a esta hora en que se juntan los vapores de la comida con los abrazos suplicantes de la siesta a cambio de un poco de agua, ¿se la daría, madre? Y si ese visitante, ya en nuestra casa, en la salita o quién sabe si en la cocina, como agradecimiento, nos ofreciese la posibilidad de cambiar algo de nuestro pasado o conocer nuestro futuro probando un brebaje que sacase de su alforja, ¿lo cataría, madre? Yo sí, me lo bebería de un trago, sin respirar ni dudar, aunque el extraño fuese el mismísimo Asmodeo. Cambiaría algo del pasado, claro, porque el futuro no lo conozco, ni me interesa. Ya llegará, o no, tanto da. Bebería a fondo, con gusto, sobre todo si hiciese tanto calor como hoy, ¡qué bochorno eh, madre!, casi cuesta pensar con esta chicharra. Y mientras bebiese, antes de apurar el último sorbo, pensaría en lo que quisiera cambiar, que sería mucho, pero empezaría por el principio, como las buenas historias. Sería mi nacimiento. Habría nacido, claro, pero no sería Rosario. O sí, pero no sería varón, habría nacido hembra, que es lo que usted quería, madre. No me ponga esa cara, lo sabemos ambos. Usted quería una muchacha que le ayudase en la casa, en el hogar, en todas las tareas, hasta en las más íntimas, ayudando también a desfogar a padre. Así no tendría que haberlo hecho tantas veces contra natura, ni se hubiese rumoreado nada raro en el pueblo. No finja ahora madre, las calles murmuraban, los silencios aplastaban. En las calmas noches de verano todo se oía y los vecinos sabían. Pero no fue él quien cargó con la vergüenza, claro que no. El boticario era un hombre respetable, querido en la villa. Cómo iba alguien tan sabio como él a prestarse a algo así, la culpa sería de su hijo, aquel desviado con las pestañas largas y un deje amanerado. A saber los embrujos a los que lo sometía aquel bujarrón, siempre encorvado y esquivo que arrastraba los pies al andar. Eso decían de mí, madre. Hace calor ¿eh?, ¿quiere un poco de agua? Yo sí. Permítame rellenar los vasos con la

que queda en la tinaja mientras le sigo contando. Eso que me decían me dolía, pero no era lo peor, madre, aunque entonces no lo sabía. De lo peor me enteré hace poco, apenas unos días. Usted lo sabía, madre. Y lo consentía. Pobre de mí, que me negué a creerlo, inocente, pensando siempre en sus buenas intenciones. En mi candidez siempre culpé a padre y a mí mismo, y llegué a creer que era el único responsable de todo, por maricón. Pensé que usted no lo sabía, porque de ser así no lo habría permitido; usted no, no habría dejado que le hiciesen daño a su niñita, eso me llamaba muchas veces en su regazo, a su Rosario. En fin, madre, ahora estoy cansado y sigo sudando. Ha caído la tarde pero el bochorno se mantiene. La noto algo afectada, quizá también cansada. Le preparo la cena y seguimos pensando sobre si aceptaríamos cambiar algo del pasado o no, ¿le parece?

Buenos días, madre. Se ha levantado usted pronto esta mañana, habrá dormido poco. Veo que no ha tocado apenas la cena. Se quedaría con hambre, o quizá fuese el calor, sigue siendo intenso, incluso a estas horas. Por las ojeras que tiene deduzco que, además de poco, ha dormido mal; no se preocupe, a mí también me ha costado conciliar el sueño. En el dormitorio la temperatura era insoportable, las sábanas estaban empapadas y me he levantado chorreando. No recordaba el bochorno que podía llegar a hacer en esta época en el pueblo. ¿Recuerda cuando nuestra casa era la más notable de la villa y se mantenía fresca incluso en verano? Yo sí. En realidad, lo recuerdo todo. Esa ha sido mi gran condena siempre, madre, absorber cada momento, cada sensación, cada olor. Y guardarlo en la memoria como usted guardaba las mantas en verano, en aquellos baúles enormes en la buhardilla. ¿Ha pensado esta noche en lo que hablamos ayer? ¿Usted también habría cambiado algo del pasado? Hubiese estado bien evitarnos el escándalo en el pueblo, ¿verdad? Porque claro, al final, padre no era el único que buscaba consuelo entre los muchachos allí. A la fuerza ahorcan, madre. Cómo es eso que me dijo una vez, al salir de la escuela: lo que das es lo que recibes,

Rosario. Pues bien, yo intenté compartir lo que soportaba en casa. Mi error fue pensar que otros lo comprenderían. No fue así y hubimos de salir del pueblo. Padre no soportó el oprobio. ¿Recuerda cuándo lo encontraron colgado de la viga, en aquel establo abandonado? Claro que sí, usted lloró por cobardía, porque se quedaba sola y sin ingresos, con un hijo tonto a cargo y con reproches sordos de medio pueblo, incapaz de afrontar la verdad. Por eso lloraba, madre, porque, en el fondo, padre a usted le traía sin cuidado. Y prefería, no hace falta que confiese, ahora ya lo sé, que se desahogase conmigo a que volviese a acercársele por las noches en la cama. No soportaba sus manos heladas, ni su baba agria sobre la piel. Así era padre, ¿verdad? Manos frías, aliento amargo, y gestos apresurados en la noche, culminados en un estertor sordo y un fulgor viscoso y templado resbalando por la entrepierna. ¿A qué huele ahora? Desde hace unos días noto un olor raro, quizá sean las cañerías, en la nevera no he visto nada podrido. Huele como cuando era pequeño y la tierra se preparaba para recibir una tormenta, ¡ojalá sea eso! y un chaparrón interrumpa esta canícula. Creo que las moscas también notan algo porque desde hace un par de días se amontonan perezosas en la salita. Voy a dejarla tranquila un rato aquí, madre, y a seguir con lo mío. Si necesita algo, llámeme. Hágase así en la cara con la mano, que le van a entrar moscas en la boca si se descuida y séquese el sudor, mujer.

Algo raro está pasando, madre. He vuelto del mercado; allí varios vecinos se quejaban del olor en el barrio. Con este calor está siendo especialmente insoportable, decían. Creen que proviene de nuestra calle. He visto al alcalde hablar con los bomberos y los poceros, por si hubiese que revisar el alcantarillado. No me he acercado, pero podría haberles comentado el problema con las moscas. Fíjese como ya ni revolotean y se acumulan, en grupos, sobre la mesa y sillas de la salita. Tenga cuidado, madre, están empezando a rodearla, como cuando de niño en el patio de la escuela se nos caía un trozo de pan al suelo y las hormigas creaban

un círculo alrededor y, luego, una cadena para arrastrar las migas hasta su guarida. Usted es pequeña, pero dudo de que las moscas puedan arrastrarla hasta donde sea que se resguarden. No me mire así y concédeme la tregua de la broma. Beba, por favor, que le noto la boca seca. Sorba sin miedo, es agua fresca. Oigo ruidos fuera, madre, alguien llama a la puerta. ¿Se imagina que fuese el extraño que nos interrumpe en este momento de la tarde, en que el sopor de la comida ya ha pasado, pero la canícula aprieta y ralentiza la vida, ahogando los pensamientos y que al abrirle la puerta, recibéndolo con una tinaja de agua, sonriese y aceptase agradecido y al entrar en la salita, o incluso en la cocina, rebuscase algo en la alforja y sacase un brebaje mágico, propio de Asmodeo? ¿Se imagina que fuese así y no que entrasen los bomberos, me apartasen de un manotazo, se tapasen boca y nariz por el olor, espantasen las moscas a manotazos y horrorizados, contemplasen un bulto en una silla, medio momia, medio descompuesto, que me mira con ojos vacíos, sin dientes y la lengua asomando bajo el gaznate abierto?

Seudónimo: Sotero Fraile